

tan irreverente, ni tan cínico, ni tan blasfemo como las cartas cambiadas entre cardenales de Roma y Reyes de Italia con motivo de tan trabajosa elección. «No espereis, decía Cosme de Médici, que haga yo de paloma en el concilio,» aludiendo al Espíritu Santo y á su litúrgica forma. «Parid pronto, decía otro magnate, que al fin y al cabo habeis de abortar un demonio.» Y no faltó quien se propusiera nombrar al nuevo Papa por fuerza de armas, y en los estremecimientos y convulsiones de un motin militar, cual nombraban á sus cabecillas los tumultuados condotieros.

Tres cardenales predominaban sobre los cincuenta y tantos, que componian el conclave. Era uno el cardenal Este, á quien protegía Francia; era otro el cardenal Carpi, á quien protegía España; y era el otro el cardenal Médici, á quien protegía Florencia. Las tres cortes deseaban á una tal jefe de la cristiandad que no tuviera los odios y las furias de Paulo IV ni suscitara las temidas guerras. Paz, gritaba todo el mundo, paz para Europa desolada. El cardenal Médici, á quien Florencia protegía, como hemos dicho, era, sin duda, el mas apto para esta obra necesaria. Sus gustos artísticos, su caridad inagotable, su dulce carácter, su pacífica complexión, su pobre familia le señalaban para evitar los dos males mayores de aquellos perturbados tiempos, las guerras internacionales y la fundación de las dinastías pontificias. Era necesario que los Carafas resultasen ya en lo porvenir los últimos parientes de Papas aquejados por la terrible manía de reinar; era indispensable que no se repitiesen los Riarios de Sixto IV, los Borgias de Alejandro VI, los Médicis de Leon X, los Farnesios de Paulo III y los Carafas de Paulo IV.

El cardenal Juan Angelo Médici queda hecho Papa el 28 de diciembre de 1559. Despues de tantas divisiones como trabajaron al Sacro Colegio por espacio de cuatro meses, lo eligió el medio excepcional de la adoración, es decir, la unanimidad de los cardenales. El cambio brusco de temperatura moral, que la designación cardenalicia determina en los designados y elegidos, conocióse como en ningun otro Papa en este Papa Médici, quien tomó el nombre pontifical de Pio IV. Así en la muerte como en la elección de los Pontífices hay ceremonias litúrgicas sin remisión cumplidas, y costumbres seculares con exactitud practicadas. A todo Papa muerto se le llama tres

veces para que vuelva si quiere al mundo, y se le golpea la cabeza con martillo argenteo; y á todo Papa recién designado y elegido se le pide, al acabar la ceremonia de su proclamación, por cada cardenal una gracia. Farnesio pidió á Pio IV el perdón de Pompeyo Colonna, que había ciegamente asesinado á un hombre; Carafa el perdón de la ciudad romana que había deshecho la estatua de su antecesor Paulo IV; y Pio lo remitió todo á mañana, diciendo luego á la venida y llegada del plazo, que no bien definida entonces todavía su autoridad religiosa, y no bien asentado en el trono pontificio, ignoraba si había prometido, como cardenal ó como Papa, las pedidas gracias, y por consiguiente no se creía en el deber de mantenerlas y cumplirlas, pues una cosa es el cardenal y el Pontífice otra cosa.

Todas las historias italianas del siglo décimosexto, imitadoras serviles en su estilo y en su procedimiento de las antiguas historias romanas, tienen algo de astrología y quiromancia. Como los antiguos predecían de oráculos, profecías, anuncios, señales meteorológicas los mayores sucesos, los historiadores del Renacimiento les imitaban y ponían en sus relatos algo semejante á las supersticiones paganas y algo no abonado ciertamente, como en Roma y Grecia, por el candor y sinceridad de las creencias. Maquiavelo mismo, tan escéptico en materias filosóficas y tan opuesto á la religión de su patria, se daba con empeño á las profecías mágicas y á los procedimientos astrológicos, exornando así todas sus historias. No es mucho, pues, que se refieran extrañas cosas de quien llegara desde baja extracción y en tiempos perturbados con tal facilidad á Papa. Estando un día Médici en reunión cardenalicia, sucedióle, según el testimonio de Nicio Erithreo, lo que voy á contar. Solían los cardenales de aquel tiempo congregarse mas en los palacios que en las iglesias y tener mas banquetes que misas. Reproducíase con frecuencia en estos banquetes el antiguo romano lujo y hasta el antiguo romano epicureismo. Vajillas de oro lucían junto á copas de esmeraldas, y pebeteros de ámbar á la oriental usanza levantaban aromas y esencias á las artesonadas techumbres, desde las cuales descendían acordes suaves producidos por numerosas orquestas. Multitud de poetas improvisaban versos al son de la cítara y repartían coronas y apologéticos entre los convidados. Daba una cena el cardenal Farnesio y asistía el cardenal Médici. Silvio Antonio, poeta del



Renacimiento, cantaba exámetros latinos, tan paganos como los de cualquier poeta antiguo, al son de áurea y armoniosa lira. Dióle Farnesio, al concluir, una corona de flores, para que la pusiese con agrado el versificador sobre la cabeza del cardenal que creyera destinado á Papa. Y Silvio se levantó, y puso la corona sobre la cabeza de Médici. Alejandro recordaba á los cardenales en el conclave tal suceso, y los historiadores modernos de los Papas lo repiten todos á una en sus respectivas historias.

Esta nueva familia, que al trono llegaba, tenia humilde carácter y origen humildísimo. Su jefe, ó sea el padre de Médici, habia ganado un pasar en modestos arriendos de alcabalas y tributos, pero no pudo transmitir en herencia este pasar á sus hijos, los cuales, en su pubertad, se morian materialmente de hambre. Su hermano mayor tuvo que inscribirse de soldado en las huestes condotieras de un gentil-hombre; y él mismo que inscribirse como doméstico en la servidumbre oficial de un seminario eclesiástico. El hermano mayor tenia un carácter, no solo resuelto, sino audaz; y el hermano menor un carácter, no solo prudente, sino cobarde. La fuerza y la violencia del primero sirvieron á la fortuna y á la exaltacion del segundo. Juan Jacobo Médici era un bravo. Con mucho atrevimiento en el ánimo y con poco seso en la mollera; con mucho apetito en el estómago y poco juicio en el cerebro; con coraje y sin conciencia; mataba por dinero á cualquiera que se le pusiese delante. Poderosa familia de Milan lo sedujo y captó para que asesinase á un Visconti, quien la molestaba en su tranquilidad y la disminuía en su influencia y en su riqueza. Darle tal comision y aceptarla; recibir el dinero y matar fué todo uno para el protervo asesino. Mas un testimonio viviente de tal crimen asombraba la vida de la vengada familia y le ponía miedo en el ánimo. Así, despues de haberse deshecho del contrario, decidieron deshacerse del sacrificador. Y so pretexto de alejarlo de Milan para que no se descubriese su criminal atrocidad, mandáronle á uno de sus castillos situados en el lago de Como, con una carta para el gobernador á la mano. Juan Jacobo, como capaz de todas las malas acciones, era tambien capaz de todos los malos pensamientos. Y cavilando mucho, mientras hacia su camino aprisa, cayó en la cuenta de que algo muy siniestro para él encerraba la carta. Y abrióla, y encontró allí su sentencia de muerte. Cualquiera otro se creyera perdido, al verse condenado

por tan poderosa familia en pago á sus servicios; pero él no. Su temeridad se redobló al peligro, y su pensamiento sin escrúpulos, sugirióle volver daño por daño. Fué, pues, en busca de varios camaradas tan desalmados como él; dióles su consigna; dirigióles sobre la feudal fortaleza; entró en ella con la carta que llevaba su propia sentencia de muerte; mató al gobernador; se declaró jefe señorial del territorio acaparado por la posesion de tan fuerte castillo; armó en ejército á los habitantes de la comarca; depredó á milaneses, suizos y venecianos al pasar por sus tierras; tomó la cruz blanca de los Austrias y el título de soldado imperial en sus timbres para depredar mejor; obtuvo el marquesado de Marignan en premio á sus combates; peleó con los luteranos; sitió á los sieneses; remató con sus propias manos á golpes innumerables campesinos por servir de espías ó escuchas á sus enemigos; ahorcó hasta cinco mil infelices, colgados en sus expediciones por Toscana de los árboles del camino para que se los comieran los cuervos por no querer darles ni sepultura siquiera; y con todos estos timbres ya pudo fundar una familia de Papas.

Pio IV fué el Benjamin y el eclesiástico de tal familia. Su asesino hermano le procuró los estudios, que no habia podido procurarle jamás la modesta virtud de su pobre padre. Mas jurisconsulto que teólogo, aprendió el derecho canónico, y sobresalió en su conocimiento. A todas estas ventajas unióse la feliz de un casamiento del marqués con hermosa princesa de los Orsinos, cuñada de Pedro Luis Farnesio; y este casamiento le trajo el cardenato, la administracion de las ciudades pontificias y la comisarfa de los ejércitos romanos. Paulo III le amaba como á sus sobrinos y á sus hijos; pero Paulo IV aborrecia de muerte á este Farnesio por afinidad, cual aborrecia de muerte á todos los Farnesios. Juan Angelo se fué huyendo á las cóleras papales, tan terribles para la seguridad de los prelados, á Pisa; y de Pisa seguidamente á Milan; y en una y otra ciudad erigió grandes monumentos, ganándose la gloriosa denominacion de padre de los pobres. Nada mas natural en aquellas circunstancias que oponer á un Paulo IV un Pio IV, á un napolitano rebelde un milanés sumiso, á un adversario del Austria un amigo del Austria, curando así las llagas abiertas por las intemperancias de los Carafas y por la soberbia de Paulo IV.



Para conocer los Papas precisa estudiarlos en las correspondencias venecianas. Estos embajadores de la República tenían el encargo especial de anotar cuanto supieran á ciencia cierta, y examinado con escrupulosidad, comunicárselo clara y sencillamente á la veneciana Señoría. Todas las relaciones del tiempo le presentan dulce y familiar, amigo de la concordia con los príncipes civiles y enemigo implacable y hasta sistemático de la guerra. Jerónimo Sorenzo, uno de los embajadores, cuenta que su hermano lo entregó una vez en rehenes al duque de Milan, autorizándole para matarle, si salía de aquel guerrero castillo, desde cuyas cimas no dejaba con dinero á ningun viandante ni en paz á ningun vecino. El duque de Milan decretó la muerte del cautivo, y lo hubieran descabezado, á no haberse arrepentido el feudal condotiero de sus propósitos y limitado sus hazañosas empresas. Pio había estado en Viena cuando el sitio de los turcos; Pio había salvado Parma para el romano Pontífice á la muerte de Pedro Luis Farnesio. Hasta aquí Sorenzo. El embajador de Venecia tambien, Moccenigo, cuenta cosas mas malignas. Dice que Pio necesita enriquecer á sus numerosos parientes, y apelar, por tanto, á muchas simonías. Dice que tiene un hijo y dos hijas naturales, muy recatada y ocultamente. Dice que no quiere á su hermano el marqués y que detesta á su cuñada la Orsino. Dice que no pontifica él, que pontifica su gran Elector el duque de Florencia. Y dice, por último, que ha recortado la autoridad pontificia, reduciéndola tanto, que aparece tan pequeña y humillada y corta como el limitadísimo ducado de su funesto protector.

Pio madrugaba mucho. El ejercicio á pié y á caballo constituia su principal ocupacion. Dulce de rostro, vivo de mirada, grave de continente, sanguíneo de complexion, vigoroso de musculatura, flaco y aun avellanado de carnes, tenia una inquietud tan grande y se daba de continuo á un movimiento tan activo que inferia con esto grave, gravísimo daño al curso tranquilo y sosegado de los negocios eclesiásticos y políticos. Sujeto al reuma y á la gota y al mal de orina y á las fiebres continuas exhaladas por las lagunas de los alrededores de Roma, ni en las enfermedades se podia estar recogido y quieto. Al revés de Paulo IV, comia sobriamente y no daba ningun género de banquetes. Su comitiva era siempre muy reducida y sus confidentes los ingenios de mayor agudeza y mayor gracia. Dormia diariamente y en todas las

estaciones una siesta de tres horas. Alimentaba dentro del Vaticano, mil quinientas bocas. Para sí, contaba tan solo con ciento diez camareros, de los cuales diez únicamente podian entrar en sus habitaciones para servirle. Despreciaba mucho á los cardenales sus compañeros y decia no haber tratado jamás á ninguno á quien no se le pudiese comprar de corrido para cualquier cosa buena ó mala por quinientos míseros escudos.

El servicio prestado por este Pontífice al mundo fué el restablecimiento de la paz con los principados civiles. Excusábase, sin embargo, de no poder hacer nada con un Emperador semi-hereje como Fernando, con un Rey de España semi-cenobita como Felipe, con una Inglaterra gobernada por mujeres como las Marías y las Isabeles, y con una Francia gobernada por niños como los Franciscos, los Cárlos y los Enriques. Dijera cuanto quisiese, lo cierto es que á la inteligencia con los Reyes del tiempo, lo sacrificó todo en su pacífico pontificado. Pidióle Felipe II la condenacion de los Carafas; y los condenó sin apelacion y sin remedio. Inútil resultó cuanto hizo para evitarlo el duque de Florencia. Los Carafas habian dominado en el conclave y elegí-dole por consiguiente Papa. Tenia, pues, con ellos una deuda de gratitud irremisible Pio IV. Mas de olvidarlos y tenerles misericordia se atraia la enemistad implacable de Felipe y no quiso á ello arriesgarse. Reunió un tribunal, de cuya sentencia estaba seguro; y dictó una fiscal acusacion, de cuya iniquidad estaba seguro tambien. Los Carafas laicos huyeron al saber la causa criminal abierta, pero el Carafa sacerdote se quedó, creyendo que á un cardenal, como él, solamente podia condenársele á un destierro, y por tanto á un viaje como el de sus hermanos y parientes. Pues le condenaron á muerte. Descuidado estaba en su palacio, cuando le notificaron la increíble sentencia. Pidió precipitadamente un confesor; y como hiciera confesion general de todos sus pecados y durara mucho este repaso histórico á su tempestuosa y prolongada vida; los esbirros le interrumpieron, requiriéndole para que despachase pronto y fuese al inesperado cadalso. Con estos Carafas concluyeron las dinastías pontificias y empezaron los grandes enriquecimientos de las familias papales. No hay sino pasear las calles de Roma y ver los palacios gigantescos de los Dorias, de los Odescalchis, de los Rospillosis, para persuadirse de cómo los Papas habian sustituido á los antiguos tronos